

Los cultos mistéricos del mundo griego

Elsa Cross

Afirma el Zohar que “el mundo sólo existe por el secreto”. En este penetrante ensayo, la poeta Elsa Cross —Premio Jaime Sabines-Gatien Lapointe 2007— nos sumerge en el universo de la antigua Grecia, desde el culto a Dionisio hasta el Ofismo y cuyos ecos, aún hoy, podemos escuchar merced al lenguaje eterno de los mitos.

En un episodio de la *Argonáutica* o *Viaje de Argos* de Apolonio de Rodas, cuando los argonautas van hacia la Cólquide, encuentran al vidente Fineo, a quien Zeus había cegado por no guardar en secreto ciertas cosas, y Fineo les dice: “Zeus mismo quiere que las revelaciones de un profeta sean incompletas, para que la humanidad no conozca parte del designio del cielo”.¹

Este margen de desconocimiento de los designios —o la naturaleza— divinos toca de cerca a los Misterios. En los Misterios se veía y se escuchaba algo, aunque no necesariamente se comprendiera de un modo racional; se recibía una revelación, pero debía permanecer en secreto. Había en algunos casos una enseñanza, pero lo que los Misterios conferían era una experiencia.

Estos cultos místéricos fueron la forma de religiosidad más profunda del mundo mediterráneo an-

tiguo. Y como los designios divinos eran tan secretos, muy poco se ha sabido de ellos hasta la fecha. Los iniciados no podían revelar —bajo pena de muerte— en qué consistían los rituales y los objetos sagrados; pero según testimonio unánime, los Misterios eran un don divino y una promesa de felicidad. Sobre los Misterios de Eleusis, dice uno de los fragmentos de Píndaro:

Dichoso el que entra bajo la tierra, después de haber
[visto estas cosas;
conoce el fin de la vida, y conoce su principio, el que
[le dio Zeus.²

Y otro fragmento, de Sófocles, dice:

¹ Apolonio de Rodas, *Argonáutica* II, p. 314.

² Píndaro, *Fragmento*, 137.

Tiziano, *La bacanal de los Andrios*, ca. 1523Tiziano, *Baco y Adriana*, 1520-1523

Triplemente dichosos aquellos de entre los mortales que, habiendo visto estos misterios, entran en el Hades; sólo a ellos, allí se les concede la vida, mientras que para los otros, allí, todo son males.³

Estas citas son elocuentes y nos hablan de una promesa de salvación después de la muerte; otras, refieren una visión de la felicidad y una transformación en la vida del iniciado.

Como es bien sabido, todos los escritores, filósofos, políticos más famosos del mundo griego, fueron iniciados en los Misterios de Eleusis. Pero no sólo ellos; a diferencia de muchas otras actividades, en estos Misterios podían participar las mujeres e incluso los esclavos. Sólo quedaban excluidos los criminales, los extranjeros y los bárbaros que no conocieran la lengua griega.

Los Misterios de Eleusis fueron los más importantes, pero hubo muchos otros. Las religiones místicas o cultos místicos, que fue el nombre que dio la historiografía moderna a ese fenómeno religioso tan extendido en la antigüedad, tuvieron rasgos similares en distintos sitios, y una pervivencia de casi un milenio y medio en el mundo griego. Pero existieron en otras partes: en Mesopotamia, los de Ishtar y Tammuz, que vienen de los cultos sumerios más antiguos de Inanna y Dumuzi; en Frigia (que hoy es Turquía), los de Cibele y Attis; en Persia, los de Mithra. Hacia la época helenística, estos dos últimos cultos llegaron a Roma. Los de Mithra se extendieron por los confines del Imperio, hasta alcanzar las Islas Británicas, adonde también llegaron los cultos de Isis.

En Grecia, ya en el siglo VII a. C., encontramos plenamente establecidos los Misterios de Eleusis y los Misterios Órfico-Dionisiacos. Los de los *Kabeiroi* o Cabiros, originados en Samotracia y también presen-

tes en la ciudad de Tebas, datan del siglo VII a. C. Éstas son las fechas comprobables por evidencias arqueológicas y documentales; pero es posible que los cultos provinieran de estratos mucho más antiguos. Aunque históricamente aparecen como posteriores a las religiones de Estado, es decir, las religiones oficiales de las distintas *polis* griegas, como eran los ritos dedicados a Zeus, Atenea, Hermes, Poseidón, Apolo, etcétera, por su simbología, los Misterios hablan de un legado mucho más antiguo, más vinculado a la naturaleza que a la *polis*.

Así, vemos que aun sin desligarse de la *polis* misma, y recordando, por ejemplo, que Eleusis estaba bajo la protección de Atenas, todos los Misterios se ligan en una forma más poderosa con valores místicos, metafísicos y cosmológicos, que sociales, morales y políticos. Ahí radicó su importancia: en que trataron de dar respuestas más profundas a las inquietudes humanas básicas, que las que ofrecían los cultos oficiales.

A pesar de los rasgos arcaicos que poseen, los cultos místicos presentan un elemento totalmente innovador frente a las religiones de Estado: están más destinados al individuo —aunque hubiera iniciaciones multitudinarias— que a la comunidad. Lo místico es un fenómeno estrictamente individual, pues opera en la interioridad. Y si por un lado toca los aspectos internos del alma —o la psique— del individuo, por otro, conecta a este individuo con el dios o el cosmos.

En un análisis detallado acerca del significado de la palabra *mysterion*, o su plural, *mysteria*, en griego, Carl Kerényi dice en su ensayo “The Mysteries of the Kabeiroi”, que en principio *mysteria* era el nombre que se daba a ciertos festivales en Atenas, que recibían ese nombre a partir de un ritual distintivo. Pero ya para Heródoto *mysteria* significaba “cultos secretos”, sin relación específica con ningún dios. Los misterios eran secretos, por definición. Más que secretos, en el sentido de que

³ Sófocles, *Fragmento*, 837.

no debían revelarse, eran secretos por su carácter inefable. Cito a Kerényi:

El origen del término “Mysteria” —como también de “mystes” y “mystikós”— consta de un verbo cuya significación ritual es “iniciar” (mueîn), que proviene del verbo mueîn, “cerrar los ojos o la boca”.⁴

Luego añade lo siguiente, hablando del *mystes*, es decir, aquel que recibía iniciación:

...los Mysteria empiezan para el *mystes* cuando, en calidad de paciente del evento (muoúmenos), cierra los ojos, como si retrocediera hacia su propia oscuridad, entra en la oscuridad. Los romanos usan el término “entrar-en”, “in-itia” (en el plural), no sólo para esta acción iniciante, el acto de cerrar los ojos, la *myesis*, que se traduce exactamente como *initiatio*, sino para los Mysteria mismos. La festividad de entrar en la oscuridad, independientemente de los resultados o la influencia que pudiera conllevar esta iniciación: eso es lo que eran los Mysteria, en el sentido original de la palabra.⁵

El elemento de lo secreto y lo oscuro, está en contraposición con los abiertos cultos de Estado. Es decir, los Misterios son esotéricos y no exotéricos, son noc-

turnos y no solares. Se trata, sin embargo, de una oscuridad que no tiene relación con aspectos tenebrosos ni siniestros. En la mística posterior, tanto de Occidente como de Oriente, se habla de la oscuridad como de un tremendo poder numinoso, como en el Pseudo Dionisio. Y Kerényi dice:

Los Mysteria eran tan esencialmente nocturnos que en ellos se experimentaba cada aspecto de la noche, aun ese poder que reside en la noche solamente, el poder de engendrar la luz, por decirlo así, de ayudarla a salir.⁶

Hundirse en la propia oscuridad para extraer la luz estaría en relación con dos movimientos presentes en algunos de los Misterios: lo que se vela y lo que se revela. De hecho, de esto se trata: de la revelación de una verdad sagrada, después de que se han sumergido en la oscuridad todos los términos de referencia habituales, los conocimientos y los hábitos del mundo cotidiano. Éste resulta irrelevante frente al poder divino de los Misterios, y es momentáneamente destruido para dar paso a esa experiencia que transformará al iniciado —al menos, éstos eran algunos de los propósitos.

Uno de los fragmentos de Plutarco, donde tal vez estaba hablando de más, dice sobre las ceremonias:

Primero vienen los vagabundeos, los rodeos agotadores, y ciertos caminos sin rumbo ni concierto entre tinieblas.

⁴ “The Mysteries of the Kabeiroi” en *The Mysteries*, Editorial Joseph Campbell, p. 38.

⁵ *Ibidem*, p. 39.

⁶ *Ibidem*.



Titiano, *Dánae*, 1551-1553



Sandro Botticelli, *Venus y Marte*, ca. 1483

Luego, antes del final, cosas terribles, escalofríos, temblores, sudores, espantos. Pero después de esto, surge una luz maravillosa, y parajes ímpolutos y prados, en los que resuenan voces y danzas y solemnidades de cantos sacros y de apariciones celestes.⁷

Esto parece ser una metáfora de todo el proceso interior implicado en la iniciación. Pero el acontecer interno tenía los detonadores externos de los actos rituales.

En los Misterios concurren dos elementos: el mito y el ritual. Al igual que gran parte de las ceremonias de religiones diversas —y tendríamos a la mano el ejemplo del Cristianismo—, los rituales evocaban e invocaban un acontecer mítico, protagonizado por los mismos dioses a quienes se consagraban esos misterios. Con la palabra culto, me gustaría indicar la fusión del mito y el ritual.

CULTOS DIONISIACOS

En los cultos dionisiacos el mito resurge bajo una forma llena de *pathos* y brutalidad, cuando se manifiesta en ellos el despedazamiento del propio dios, la forma de Dioniso Zagreo, y también se revive otra cara del mito en la celebración gozosa y exaltada del Dioniso triunfante, Baco.

Como el propio Dioniso, su mito está despedazado en una gran cantidad de referencias aisladas que podemos encontrar en las dos epopeyas homéricas, en Hesíodo, en los *Himnos homéricos*, en textos de poetas, dramaturgos y filósofos, en los *Himnos órficos*, y en multitud de autores helenísticos y romanos. Un episodio muy estructurado de la historia lo recoge Eurípides en sus *Bacantes*. Y el relato más completo se debe a un egipcio helenizado, Nonno de Panópolis, en sus cuarenta y ocho

⁷ Plutarco, *Fragmento*, 178.

libros de *Las Dionisiacas*, en una época tan tardía como el siglo V d. C., cuando los templos griegos habían sido ya destruidos.

La referencia más antigua a Dioniso no está, sin embargo, en *La Ilíada*. Aunque se presentara a Dioniso como el dios más nuevo en el Olimpo, las excavaciones arqueológicas de Creta y las ciudades micénicas descubrieron tablillas con su nombre, lo cual provocó que de ser una especie de *parvenu* se convirtiera en una de las divinidades más antiguas del mundo griego.

Y juntando los fragmentos de su historia, que tiene muchas variantes, se nos dice que el primer Dioniso era hijo de Zeus y Deméter, o —según los órficos— de Zeus y la hija de ambos, Kore. Hera, la esposa de Zeus, furiosa por otra infidelidad de su marido, persuade a los Titanes de dar muerte al niño. Los Titanes se acercan con juguetes, y cuando el niño, de unos dos años, se mira en un espejo, lo matan, lo despedazan, lo cuecen, lo asan y se lo comen. Pero Hermes o Atenea —según distintas fuentes— rescatan el corazón del niño y se lo llevan a Zeus, que lo devora para reintegrar así su esencia divina y poder volver a engendrarlo. De acuerdo a los órficos, al enterarse del suceso Zeus fulmina a los Titanes, y de las cenizas de los Titanes y de Dioniso nace el género humano que tendrá las dos naturalezas: la maligna y brutal de los Titanes, y la divina del dios.

Zeus vuelve a engendrar a Dioniso, esta vez en una mortal, Semele, hija de Cadmo, rey de Tebas. Hera lo descubre y toma la forma de la nodriza de Semele, que le ha contado de sus amores con el dios. La nodriza le dice que no se deje engañar y compruebe que efectivamente se trata de Zeus, pidiéndole que se le revele en todo su poder. Semele, ingenua, lo hace, y no pudiendo disuadirla, Zeus se le muestra tal como es y Semele cae fulminada. Zeus rescata a Dioniso de su vientre y se abre un muslo, donde lo aloja para que termine su gestación.

Ya a término, Dioniso nace por segunda vez, del muslo de Zeus, quien lo envía a Creta —para ocultar-

lo de Hera—, encargando su crianza a ninfas que serán después sus primeras bacantes, y a Sileno, que será su tutor. Aunque Dioniso no escapa otra vez de la venganza de Hera, que lo enloquece, llevándolo a cometer actos brutales, se cura al ser iniciado en los ritos de la Gran Madre —Cibeles o Rhea. Dioniso instaura su propio culto y difunde el cultivo de la vid y la miel por todos los lugares adonde va, en medio de sus turbas delirantes. Se dirige al Oriente, llega hasta la India, y a su regreso implanta su culto en suelo griego. Otro hecho importante es que en la isla de Naxos encuentra a Ariadna, princesa cretense, hija del rey Minos, a quien Teseo ha abandonado allí, y se casa con ella.

Estos son algunos episodios principales del mito, aunque hay muchas variantes, como mencioné, y distinto orden en la secuencia de los eventos. Le están consagrados a Dioniso el toro, los grandes felinos, la serpiente, el zorro y los cabritos; también el pino, la hiedra y por supuesto la vid. Casi todos estos emblemas aluden a la vida silvestre.

Los ritos nos hablan desde muchos lugares, épocas y medios culturales distintos. No está documentado cuál fue el lugar de Dioniso en Creta, si hubo ritos consagrados a él, si las tauromaquias registradas en los frescos, o el símbolo mismo del Minotauro se relacionan con él; pero toda la cultura minoica se afirma en una explosión de vida, de color, de gozo, que tiene un carácter inequívocamente dionisiaco, totalmente distinto de los ritmos apolíneos del arte dórico. También el laberinto es un emblema de Dioniso.



Sandro Botticelli, *Minerva y el centauro*, ca. 1482

Durante mucho tiempo se pensó que el origen de los cultos dionisiacos era Tracia —que es igualmente cuna del Orfismo. De los ritos tracios se menciona que eran celebraciones que se llevaban a cabo de noche, en las montañas, donde los celebrantes dionisiacos, que iban ataviados con pieles, blandiendo un tirso —una larga vara con una piña de pino en la punta—, embriagados con el vino sacramental, realizaban a veces un sacrificio despedazando a un animal consagrado al dios —*sparagmós*—, que era devorado crudo —*omofagia*— en un acto también sacramental.

Éste es el esquema básico de los cultos, la *oreibasia*, celebrada en los montes. Aunque había una exaltación e incluso una exacerbación de los sentidos, así como de toda potencia física y mental, las orgías dionisiacas no eran orgías sexuales, a diferencia de lo que se cree; *orgia* significa simplemente ceremonia sagrada. Aunque durante la decadencia del Imperio Romano se invocara a Baco para justificar los excesos a los que se llegó, todo eso es completamente ajeno al espíritu dionisiaco original. No se trataba de embriagarse sino de entrar en un estado de entusiasmo auténtico, de estar en el dios, de fundirse con su estado.

Éste es un Dioniso muy distinto del que podemos encontrar en Delfos y en Atenas. Se puede recordar que Dioniso es una de las divinidades del santuario délfico, junto con Apolo. En Atenas lo encontramos presidiendo las Anthesterias, fiestas de la *polis* donde se convocaba a los muertos y se celebraba una nupcia simbólica entre Dioniso y la esposa del gobernante. Platón alude también a una especie de coro parroquial de señores de cuarenta años o más, dedicado a Dioniso. Este dato preocupante nos lleva a pensar que ya en la Atenas del siglo V no quedaba nada de los antiguos ritos dionisiacos ni de su espíritu; aunque Plutarco hace referencia a unas mujeres celebrantes extraviadas en el Parnaso, todavía en su época, los siglos I y II d. C.

EL ORFISMO

Se piensa que haya estado más estructurado, como culto místico, el Orfismo. Independientemente de que haya existido o no como figura histórica, es a Orfeo a quien se adscribe tradicionalmente la composición de muchos himnos a los dioses, algunos citados por Platón, y el establecimiento de una escuela de sabiduría que tuvo influencias en el Pitagorismo. Orfeo es también una figura siempre ligada a los Misterios, aun a los de Eleusis, aunque no es una figura de culto en el santuario.

El Orfismo es un producto bastante extraño en suelo griego. Aunque surgió en Tracia, se extendió hacia todas partes, como secta minoritaria, y en los tiempos

Diego Velázquez, *Triunfo de Baco*, 1629

tardíos, algo desacreditada. Las iniciaciones órficas tenían como deidad principal a Dioniso. Los devotos debían observar una vida ascética —elemento también ajeno a los griegos— que incluía castidad y vegetarianismo. Los órficos decían que después de probar la carne del dios en el ritual, no volverían a probar carne de ninguna especie. Creían en la metempsicosis o reencarnación y en que la ascesis y los rituales órficos podían liberar al iniciado de seguir preso en el Ciclo de la Necesidad, es decir, podían romper la ronda inacabable de reencarnaciones para poder finalmente fundirse con el dios. Ésta es una idea hindú, allá se le llama la Rueda del Karma, y ha llevado a indagar sobre influencias y confluencias del Orfismo con otras escuelas orientales; pero no hay a este respecto ninguna explicación concluyente.

Los cultos dionisiacos, desde el Orfismo o en sus manifestaciones más arcaicas, son los más radicales en cuanto a que hablan de un dios que está participando al hombre su naturaleza divina, y que el hombre puede alcanzar no sólo el estado del dios sino liberarse definitivamente de las ataduras de la condición humana. Sabemos que éste es también un sentimiento muy ajeno a lo griego. Los griegos sólo querían la inmortalidad. No verse privados de sus pasiones y gozos, sino tenerlos para siempre; pero el Orfismo parece surgir de una especie de hartura existencial que busca otro nivel de conciencia.

LOS MISTERIOS DE ELEUSIS

Los Misterios de Eleusis fueron los Misterios por excelencia. Normalmente, cuando alguien hablaba de *ta mysteria*, los Misterios, se refería a Eleusis, que a diferencia de los cultos dionisiacos tenían una articulación más clara, tanto en el mito como en el ritual.

Uno de los *Himnos homéricos*, el dedicado a la diosa Deméter, es el que narra el mito que tuvieron como trasfondo los ritos eleusinos. Cuenta que Kore, la joven hija de Zeus y Deméter, jugaba en un prado con las hijas del Océano cuando brotó de la tierra un narciso maravilloso. Ella juntaba flores y al querer cortar los narcisos de pronto la tierra se abrió, y salió de ella Hades, el dios del inframundo, en un carro de caballos negros. Tomó a la joven y se la llevó hacia su reino. Ella gritó, pero sólo Hécate y su madre, de muy lejos, la oye ron. Helios —el Sol— fue, desde lo alto, el único testigo del rapto. Durante nueve días Deméter buscó a su hija por todas partes, vestida de negro, con el pelo desarreglado, en una angustia tan extrema que no comía ni bebía. En el décimo día encuentra a Hécate y a Helios, quienes le dicen lo sucedido, añadiendo que fue por voluntad de Zeus que Hades raptó a la joven.

Enojada con los dioses, Deméter se vuelve al mundo de los hombres vestida como una vieja, y llega hasta un pozo en la ciudad de Eleusis donde la encuentran las hijas de Celeo, un noble del lugar y la llevan a su casa para que sea nodriza de su hermano pequeño. Al e n t r a r

en la casa, ante la madre de las muchachas, Metanira, la estancia se ilumina. Deméter pide una bebida de harina de avena y menta —que se convertirá en la bebida ritual de los Misterios—, y ríe por primera vez ante los chistes procaces de una sirvienta, Iambe o Baubo.

El niño crece visiblemente al cuidado de Deméter, quien lo alimenta con ambrosía divina y con su propio aliento y en la noche lo pone sobre el fuego para volverlo inmortal; hasta que una vez, la madre, espionando, al ver que se dispone a someter al niño al fuego, grita e interrumpe todo el proceso. Deméter se enoja, revela su identidad y pide que le construyan un templo, en el que se encierra.

Entre tanto, su disgusto con los dioses y los hombres hace que la tierra se seque y las siembras no produzcan ningún fruto. Zeus la manda llamar, pero ella no responderá hasta que le sea restituida su hija. Entonces Zeus envía a Hermes al inframundo para que la traiga de regreso, pero la condición para que vuelva definitiva es que no haya probado alimento. Hades, que tal vez adivina lo que ocurre, le da de comer un grano de granada, para que Kore, que ahora es Perséfone, sólo pueda pasar parte del año con su madre y parte del año con él. Kore vuelve al mundo, encuentra a su madre y las dos ascienden al Olimpo, habiendo dejado instituidos los Misterios.

Hasta aquí la historia, que tiene muchos elementos comunes con otros Misterios. Uno es el descenso al inframundo, seguido de un regreso al mundo de los vivos. Pero el hecho de que esto se convierta en un evento cíclico, lo liga con la periodicidad de los ciclos anuales de las estaciones. Es el mismo esquema que se encuentra por primera vez en el mito sumerio de Inanna, quien también desciende a la región de los muertos, aunque por su propia decisión.

La búsqueda de Kore por parte de la angustiada Deméter, así como su estadía en el palacio de Celeo y la crianza del niño, son episodios casi idénticos a la búsqueda de Osiris, por Isis, que llega también a un palacio, y trata de volver inmortal al niño. Hay una diferencia y es que Osiris renacerá en el reino de los muertos, y Perséfone volverá una y otra vez a los dos lugares.

Perséfone se ha visto como una doble de su madre Deméter, y hay vínculos muy obvios. Si Deméter es la diosa de la tierra cultivada, de las cosechas y los cereales, se ha visto en Perséfone una representación de la semilla, que tiene que estar bajo tierra para poder germinar y salir a la superficie como una planta. Ésta es una interpretación exacta, previsible; pero los Misterios no se agotaban en una alegoría de los ciclos agrícolas ni en el símbolo de la espiga.

El descenso al Hades era una forma de entrar en la oscuridad, que los rituales seguramente trataban de reproducir de alguna manera. Se han hecho también inter-

pretaciones psicológicas donde este descenso se ha visto como un ingreso a los sustratos más profundos del propio inconsciente, para que después, el individuo que lo practique, resurja enriquecido con una nueva sabiduría.

En relación con los rituales, había dos iniciaciones. Por el vínculo de Eleusis con la *polis* ateniense se celebraban en Agrai, cerca de Atenas, en el mes del Antheserion (febrero), los Pequeños Misterios o Misterios Menores. Los Grandes Misterios tenían lugar en Eleusis en el mes del Boedromion (septiembre); pero quien recibía los de Agrai, no podía ser iniciado en Eleusis sino hasta el año siguiente. Esos Misterios Menores también eran secretos y al parecer tenían relación con Dioniso, aunque celebraban las bodas de Perséfone con Hades. Kerényi los relaciona con la fase más antigua del culto a Perséfone, por el friso de un templo jónico que había sobre el río Ilyssos, y que describía un incidente —el rapto de las Jacintidas— que el mito hacía remontar a los tiempos en que el rey Minos de Creta sitió Atenas. Son cosas como ésta las que nos permiten calcular la antigüedad de los cultos.

Para ser iniciados en Eleusis, los aspirantes caminaban desde Atenas hasta el santuario —unos veinte kilómetros— en un recorrido fatigoso, y era parte del ritual. Eleusis se encuentra frente a Salamina, en el golfo Saronico. Y fue tan poderoso el ritual de esta peregrinación que cuenta Heródoto⁸ que durante la batalla de Salamina contra los persas, justo en los días de las grandes fiestas del año 480 a. C. —único en que no pudieron celebrarse—, los dos traidores aliados de los persas, vieron desde una colina una nube de polvo, como si miles de hombres caminaran por la sacra vía hacia Eleusis, y luego escucharon los gritos de *Iacchós! Iacchós!* —invocación ritual al guía de los Misterios—, sin que hubiera nadie allí. Esto fue un milagro que se atribuyó a las diosas de Eleusis, como también la victoria. Desde la silla que hizo instalar frente a la bahía, el rey persa, Xerxes, vio cómo los griegos, a pesar de su seria desventaja numérica, hacían pedazos su flota.

Tanto la iniciación de los Misterios Menores como la de Eleusis, iba precedida por una purificación, *katharmós* y la ofrenda de un lechón, que era reglamentaria. A este respecto dice Kerényi: “los ‘cerdos místicos’ eran un verdadero sacrificio expiatorio. Los animales morían en lugar del iniciado”. (Lo cual nos lleva a pensar si los consideraban como poco más que cerdos). Los aspirantes debían también ayunar quizá por nueve días, tal como había ayunado Deméter, según el himno homérico. En algún momento, también se les daba a beber el *kykeón*, la bebida sagrada de avena —o cebada— y menta.

Cuando al término de la peregrinación alcanzaban el pozo sagrado, junto a la puerta del santuario, los aspi-

⁸ Heródoto, *Las historias*, VIII, p. 65.



Diego Velázquez, *La fragua de Vulcano*, 1629

rantes cantaban y danzaban toda la noche en honor a las deidades de Eleusis: el propio Dioniso, Deméter y Perséfone; simbólicamente se unirían a la danza las hijas del Océano, con las que Kore-Perséfone jugaba en el momento de ser raptada por Hades.

Era después de esto que el aspirante cruzaba las puertas donde al recibir la iniciación vería los objetos sagrados, la *ta hiera*, en que tenía la visión, la *epópteia* que iba a convertirlo en *epóptes*, “el que ha visto”. Se ignora en qué consistían los objetos sagrados y ha habido muchas especulaciones; se piensa, sobre todo, que hayan sido símbolos sexuales, ya sea masculinos o femeninos. Clemente de Alejandría, que en su *Protréptico* se dedica a vituperar a los Misterios, dice que eran sólo alimentos de diversas clases. Pe rose supone que los objetos estaban en una cámara especial, y que el hierofante los mostraba abriendo una puerta donde aparecían en medio de una luz muy intensa, como la que inundó el salón de la casa de Metanira a la llegada de Deméter.

En general, los aspectos más importantes de los Misterios de Eleusis y de los demás son la creencia en el poder sagrado de la vida, conferido al aspirante a través de la iniciación; la creencia en que a toda muerte sigue un renacimiento, y en que después de morir, el iniciado no irá a un lugar de dolor o aniquilación, sino que alcanzará una forma de inmortalidad. Hay en todo esto una fuerte asociación con la muerte misma, y esto implicó que la iniciación se hubiese visto en sí como una forma de muerte. Plutarco dice que en la muerte, el alma:

Experimenta una emoción como la de los participantes en los grandes misterios. Por eso “morir” (teleután) y “ser

iniciado” (teleisthai) se parecen término a término y concepto a concepto.⁹

El iniciado muere a su vida anterior, y tiene que encontrar el camino hacia su propio renacer; es por tanto el nacido dos veces. Ya sea como Dioniso, que es engendrado nuevamente, o como Perséfone, que regresa del inframundo.

En otros Misterios, esta idea toma un sentido distinto: Osiris resucita para el mundo de los muertos; Attis es deificado; Dumuzi-Tammuz, al igual que Perséfone, pasará una parte del año en el mundo de los muertos y otra en el de los vivos; pero no perecerá. En todos los casos hay una promesa de inmortalidad o de permanencia. Pero hay también un autoconocimiento radical, pues nadie se conoce mejor a sí mismo que estando frente a su propia muerte.

Se ha considerado que los Misterios griegos abrieron el camino tanto hacia una concepción religiosa más profunda, como hacia una especulación metafísica que tuvo un efecto decisivo en el pensamiento de Platón, y a través de él, en muchas de las fases formativas más importantes de la filosofía y de la espiritualidad de Occidente.

A estas alturas, podemos considerar que hay mucho por conocer en este campo, y que descubrimientos arqueológicos e investigaciones en diversas disciplinas, que están en curso, pueden depararnos todavía muchas sorpresas más. [U]

⁹ Plutarco, *Fragmento*, 178.